

la dirige. En la inmensa y complicada máquina del Universo, sale, de tantas imperfecciones relativas, de tantos males diseminados por el mundo, la perfección absoluta y la verdad eterna. Y así como hay leyes de proporción, de armonía, de relaciones entre los orbes diseminados en los espacios infinitos, por las cuales reinan hasta los últimos inescrutables confines la atracción y la gravedad, hay leyes en la sociedad y en la historia, por cuya virtud se combinan y armonizan la providencia de Dios y la libertad del hombre. Y así como hay venenos que curan, tormentas que purifican, huracanes que sanan los aires apestados, inundaciones que fecundan, erupción volcánica que acrisola, como hay todo esto en la naturaleza, hay en la sociedad, aquí una revolución que engrandece, allí una batalla que purifica, acullá una guerra que impulsa, mas lejos un revolucionario que sana á esta humanidad necesitada de elementos tan diversos y opuestos para el cumplimiento de sus misteriosos progresos. Los que maldicen de todo lo que no cuadra á su secta, apenas sienten á Dios ni comprenden á la humanidad. No hay cosa mas vulgar ni mas sujeta á engaño que el recluir la vida divina y la vida humana en el reducido círculo de nuestras creencias y de nuestras ilusiones personales. Como el tallo rompe la semilla que lo produce, como el feto rasga de dolor las entrañas que lo engendran, como el hijo abandona el techo que lo abriga y lo protege; la sociedad camina rompiendo templos, derribando altares, comiéndose á los mismos dioses á quienes habia adorado de rodillas y en quienes habia puesto su fe y su esperanza. Si tal no sucediese, nosotros, por ejemplo, en vez de las catedrales crearíamos iglesias á las selvas druídicas; en vez de las aras donde se celebra el incruento sacrificio de la misa, celebraríamos sobre los dolmenes el sacrificio de las humanas víctimas; y tendríamos por nuestra providencia y nuestro consuelo á los dioses de la matanza y de la guerra. Cuesta mucho abandonar las primitivas creencias en que han anidado las almas. Pero no hay mas remedio que abandonarlas cuando la salud del género humano lo exige. Costó mucho á los primitivos hebreos dejar los templos de Egipto; costó mucho á los primitivos cristianos dejar las sombras de la Sinagoga; imaginaos cuánto le costaria á un monje, á un penitente, á un asceta como Lutero, dejar el seno de la Iglesia. Pero si lo exigian los progresos de la humanidad, porqué reconvenir á la víctima?

CAPÍTULO III

LOS COMBATES DEL ALMA DE LUTERO

Cien veces hemos repetido, y cien veces repetiremos aun, tratándose de Lutero, las dos palabras de luchar y reluchar ciegamente. Y las decimos, y las diremos mil veces, porque, en estas dos palabras se encierra la fórmula explicativa de su carácter primordial, de ese carácter de combatiente, de guerrero, de militante, que constituye toda la trama de su vida. Cuando sale, armado de todas armas, movido del afán de guerrear, ciego por la cólera, resollando reconcentrada ira, en pos de un enemigo formidable, á quien acecha con astucia, asalta con celeridad, hiere con furor, mata con rabia y aniquila con odio sobrenatural, aparece tan fuerte y tan heroico, porque antes de esto ha tenido empeñadas miles de batallas en su alma y ha visto arremeterse unas á otras las ideas hasta exterminarse en los campos ensangrentados de su tormentosa conciencia. Trágico su empuje, trágico su ministerio, trágica su transformación, todo en él ha sido verdaderamente doloroso; y antes de decidirse, ha necesitado pasar por las mayores y las mas terribles pruebas que pueden apurar á un hombre.

En la infancia, las miserias de la vida le han ceñido una corona de abrojos. En la juventud, la necesidad de combatir con los últimos fantasmas de la Edad media, le ha dado sublimes horrores y grandes y pavorosas perplejidades del alma. Llamado por su vocación á la teología y por los mandatos de su padre al derecho; este nuevo combate entre los impulsos de su conciencia y los impulsos de su corazón, amargó su vida y aceró su temperamento.

Desde sus primeros años la lucha oral constituyó el ejercicio capitalísimo de su inteligencia; y las contradicciones, generadoras de estas luchas, la ley capitalísima de sus ideas. No hubiera podido pasar del viejo al nuevo mundo sin conocer lo que dejaba tras sí; y adivinar lo que delante de sí tenía. Pocos hombres han conocido con tanta profundidad como él todas las tramas de la escolástica, todas sus argucias, todos sus distingos de un verdadero alambicamiento, toda la autoridad que gozaba Aristóteles y todas las series de ideas que formaban la Suma teológica de Santo Tomás. Pocos jóvenes, á su edad, habian obtenido con tanto éxito el grado de bachiller en filosofía y el grado de maestro en artes. Embebido y absorto en la contemplacion mística de las ideas, no tocaban las alas de su alma por ningun punto al barro de la tierra. Su pensamiento volaba tanto y tanto que se mecía allá en la inmensidad; lejos, muy lejos del torbellino de las bajas pasiones que va rodando por las capas inferiores de la atmósfera terrestre. Faltábale, pues, tiempo, en su afan de oirlo todo, de conocerlo todo, de profundizarlo todo, para ojear los libros en las bibliotecas de la Universidad y para conocer las controversias teológicas. Un día le cayó en las manos la version latina de la Biblia; y encontró en ella que toda ciencia humana, que toda humana controversia eran como cosa baladí en comparacion de la ciencia divina y de la palabra revelada. Hasta los veinte años no habia visto ninguna Biblia completa, ni creído que hubiese otros evangelios, otros libros, ni otros tratados que los contenidos en los breviarios eclesiásticos. Ningun hombre, ninguno en la tierra, creyó con tanta fe como él que en la Biblia está la luz, en la Biblia la revelacion, en la Biblia la verdad, en la Biblia la salud; y ninguno ha entregado con tanta fe como él ese libro de los libros á todas las manos de generacion en generacion para que formen un comentario perpetuo á sus ideas los siglos de los siglos. La lectura de la piadosa historia de Ana, que consagró á Dios su hijo Samuel, movióle á consagrarle tambien la propia vida y la propia alma. A este fin escogió la profesion monástica como la mas conducente á realizar el tipo completo de la eterna perfeccion cristiana. Él mismo nos refiere con qué profundidad le conmoviera un día la vista de místico cuadro, colgado en las paredes de un templo de Erfurt, en el cual se veía la Iglesia en forma de nave tripulada tan solo por los eclesiásticos, que la dirigian al cielo; mientras los laicos iban á

nado en torno suyo, perdiendo á cada instante las fuerzas y logrando solo algunos seguirla, y esos muy pocos, y porque los tripulantes les arrojaban desde cubierta misticos y salvadores cables. No ha habido en la historia del mundo ningun hombre mas penetrado de la ortodoxia católica, de la fe romana, de la unidad eclesiástica, de la supremacia pontificia, de la virtud de las obras, de la sumision del pensamiento á las tradiciones, de la obediencia ciega á la Iglesia, que este hombre, verdaderamente extraordinario. Así nadie ha dirigido un «adios» á las vanidades del mundo tan sinceramente como él; y nadie ha dejado en la tierra un modelo de vida monástica tan perfecto como su paso por el monasterio de San Agustin.

Cuando pronunció sus votos; y se arrodilló sobre los escalones sacratísimos del altar mellados ya por sus lágrimas y por sus besos; y oyó los cánticos funerarios que le encomendaban como los despojos de un vivo á la divina misericordia; aceptó de grado todas las estrechas reglas del convento, que imponian á un hombre de la originalidad de su idea, de la independenciam de su genio, de la altivez de su natural, toda suerte de reglas artificiosas para vestirse el hábito monástico, para sentarse á la mesa conventual, para saludar á los recién venidos, para recorrer las calles pidiendo limosna, para guardar la puerta como un simple ostiario, para barrer la iglesia, para limpiar las cloacas y luego departir con Dios y hacer sus oraciones, no á los reclamos de la propia conciencia ni á los impulsos de la propia voluntad, sino á las horas señaladas por una regla casuística y mecánica, á media noche, al cantar del gallo, á la alborada, á las seis y á las nueve de la mañana, al medio día, á las tres y á las seis de la tarde; regla contra la cual chocaba su alma encrespada y anhelosa de libertad y decidida siempre á comunicarse con el cielo; pero á la cual se rendía por sujecion completa á la disciplina y por vivo sentimiento de rigurosa obediencia. Lutero no se cansaba de contemplarse monje; de medir toda la autoridad recibida por su consagracion; de considerar cómo, al tomar el cáliz, tomaba la potestad santísima que ofrece á Dios sacrificios incruentos por los vivos y por los muertos; de considerar la grandeza de un poder, el cual era tanto que le permitia llevar hasta el alma de los mas culpados el perdon de la divina misericordia. Y en tales pensamientos absorto, puede decirse que no habia en el mundo un monje mas perfecto, un sacerdote

mas puro, un creyente mas fiel, un pensador mas ortodoxo. ¡Qué de combates, qué de insomnios; cuántas heridas en el alma, cuántos torcedores en la conciencia, para salir de esta ortodoxia en la cual habian crecido todas sus facultades intelectuales, para abandonar esta Iglesia en la cual se habia engendrado toda la virtud de su fe! Los hombres de un siglo poco creyente, de un siglo que opone á toda idea su contraria; estos hombres, en quienes la frialdad del juicio ha destruido la exaltacion por las ideas, no podrán comprender jamás, por mucho que se esfuercen, las zozobras, las angustias, las tormentas del alma de un pensador solicitado en sentidos contrarios por fuerzas tan poderosas como los sentimientos de su corazon y las ideas de su inteligencia. Así pasaba sus dias sin alimentarse, sus noches sin dormir; absorto unas veces en la meditacion casi extática, agitado otras por los embates de sus ideas contradictorias y por las luchas entre sus racionios y sus creencias; creyendo ya recibir la visita de Dios que bajaba hasta las profundidades mas insondables de su sér y ya las asechanzas y los asaltos de todas las potestades del infierno que le imponian ó la negacion ó la duda. Todos los dolores del cuerpo, todas las angustias del pecho, todas las punzadas mas terribles en el corazon, todos los horrores de los combates materiales resultan de poca monta y de escasa importancia en comparacion y en presencia de estas perplejidades dolorosísimas del pensamiento y de estas batallas incruentas del alma.

La filosofía estaba llamada por su naturaleza especial á ocupar las vigiliias de Lutero. Por sierva que fuese de la teología y por sierva que á su vez la teología fuese de Aristóteles, siempre quedaba siendo un ejercicio del pensamiento humano mas ó menos libre, mas ó menos independiente sobre los dogmas de la revelacion divina. Verdad que, al comentar un solo pensamiento y al proponer de antemano á la razon el fin de la jornada que estaba en demostrar una verdad ya sabida, ya sentada en la fe, se destruia el criterio racional humano y se condenaba la ciencia por necesidad á disquisiciones eternas y á perpetuos comentarios. Pero el pensamiento tiene tal autonomía propia que, aun recluso en círculos mágicos y en límites estrechos, ejerce su libertad soberana y adquiere poder propio en virtud de leyes, que constituyen como el código fundamental de su misteriosa esencia. Caso raro. Al través

de las paredes de su convento y de la ortodoxia de su alma, Lutero comenzaba por grados á entrever con horror una religion nueva; y á través de las doctrinas tomistas y de la jerga escolástica comenzaba á entrever un dogma contrario por completo al escolasticismo, el dogma agustino de la predestinacion y de la gracia.

Pocos hombres han ejercido en la historia de los dogmas el influjo soberano, casi incontrastable de San Agustin. Falto de uncion, sobrado de dialéctica, retórico y sofista en sus primeros años, catecúmeno al salir de la mocedad, acre en su estilo, implacable en sus sentimientos, fanático enemigo de las doctrinas que habia dejado, como deja sus pieles la serpiente, en el camino de la vida; fervoroso devoto de la Iglesia que abrazara en esa edad en que las pasiones se concentran y adquieren por lo mismo extraordinario empuje; Agustin, no contento con haber inventado contra los donatistas la teoría de la compulsion coercitiva para entrar en la ortodoxia católica, creó contra los pelagianos la teoría de la gracia, la teoría de la predestinacion; teorías, que encerraban en su fondo un verdadero fatalismo. Y caso raro, el hombre que mas daño debia hacer á la Iglesia; el destinado á separar de su seno tantas regiones importantísimas; el autor de la reforma y del libre examen; el hereje por excelencia; el que ha quedado frente á frente de la basílica de San Pedro y de la tiara pontificia como una viva protesta, Lutero, se inspira en las doctrinas y en las creencias de aquel que, como Pedro en el huerto de las olivas, como Pedro tan reconvenido y condenado por la dulzura y por la mansedumbre de Cristo, saca el arma de la persecucion material para defender las ideas puras del Cristianismo católico. La misma exaltacion por la fe le asalta que asaltó á San Agustin. Cristo para él ha redimido con su sacrificio todos los pecados; y para alcanzar esta remision no se necesita en manera alguna la virtud de las obras, basta con la virtud de la creencia en Cristo. Aquel monje, que todas las mañanas decia tres misas; que, en cada misa invocaba tres santos patronos y hojeaba á todas horas las páginas del calendario para encontrar nuevos intercesores; que tenia por la Virgen Madre un culto piadosísimo en el cual ofreciale arrobado toda suerte de piadosas ofrendas; estaba á dos dedos, meditando las doctrinas agustinas naturales á su orden y á su monasterio, de prescindir por completo de las obras para